

—Desde mañana iré, pues, á ocupar mi bufete. Hace, en efecto, tres días que trabajo; mi cabeza, aturdida al principio con esta atmósfera de actividad y ruido, se va ya serenando; llevo á mi tarea una especie de ardor infantil; como nueva, me encanta, é inclinado sobre mis libros, me parece que vuelan las horas, que antes se me hacían insoportables.

PABLO.

XVI

Teresa á Modesta.

Valencia, Octubre de 1865.

No pienses, mi querida hermana, que, aunque te escriba poco, me olvido de tí, no; ocupada con mi dilatada familia, entregada á mis quehaceres cotidianos, de los que ninguna ama de casa puede prescindir, mi pensamiento vaga siempre en derredor tuyo, te sigue en tu apacible vida, y no te abandona un momento.

Hoy es domingo, y entretanto que Esteban lleva á paseo á mis hijos mayores, y que los más pequeños gorjean y juegan á mis piés, voy á dedicarte la tarde y á llenar ocho páginas de papel de mi letra, nada bonita, pero sí muy clara.

He visto en tu carta, mi querida Modesta, que

vas por la senda recta que conduce á la felicidad, y por ello doy gracias á Dios y á nuestra buena madre, que sin duda vela por nosotras desde el cielo. Tal vez hallarás escollos; ¿quién no los encuentra en su camino? ¿quién no tiene que sufrir pruebas, decepciones, pesares, tentaciones, dolores más ó menos agudos? Pero una conciencia tranquila y una profunda confianza en Dios te sostendrán en todas las ocasiones en que debas hacer pruebas de valor y de conformidad.

No depende de nosotros el ser constantemente dichosos; pero siempre depende de nosotros el merecer serlo.

Sé siempre, hermana mía, caritativa, paciente, dulce, bondadosa; sé digna en el dolor, valerosa en la adversidad, moderada en la alegría.

Poco te costará; te has casado con un hombre superior; has elegido bien, y la que sabe elegir tiene segura la dicha para toda su vida.

Si te hubieras unido á un hombre inferior á tí, estabas perdida; la mujer es débil por naturaleza, y pocas pueden dar á sus maridos el ejemplo de una superioridad constante y sostenida; la mujer ha nacido para ser dirigida, y no para guiar ella al que es su natural protector.

Se ha dicho, y es verdad, que no debe despreciarse el consejo de la mujer, y que un marido debe escucharlo siempre; pero es en lo que se refiere á la delicadeza de su instinto y á lo exquisito de su percepción, y no en lo que toca á la fuerza

del alma ó á la elevación del carácter; estos consejos toca darlos al hombre.

¡Ay de la familia en la que están invertidos los papeles! ¡Ay de la mujer imprudente ó desgraciada que toma la completa dirección de los intereses, la solución de los negocios, la responsabilidad de todo! ¡Ella será siempre la víctima, y á los ojos del mundo pasará por el verdugo!...

No, la mujer no tiene más terreno que el gobierno interior de la casa, que la distribución prudente y económica de lo que gana su marido; en lo demás no debe ni puede ser responsable.

Felizmente tú, como yo, has hallado el perfecto equilibrio que te conviene guardar; eres protegida y no protectora, y á la vez señora absoluta en tu reducido espacio, tan dulce y tan fácil de regir.

Cuando los pequeños accidentes de la vida conyugal no enfrían el cariño de los esposos, éste se acrece á causa de esos mismos accidentes: una discusión sirve para que uno de los dos pueda mostrar su deferencia al otro: una leve disputa, para hacer las paces; el dolor sirve para consolarse mutuamente; la alegría, para dividirla entre los dos y disfrutarla más. ¿Qué son las dichas en la soledad? Sombras dolorosas que pasan ante nuestros ojos y nos hacen sentir amargamente la falta de afecciones.

Dios colocó al primer hombre en un lugar de delicias; pero su paternal bondad halló que no era

aún bastante feliz, y le dió una compañera; esta compañera no la formó—como dice San Agustín—de los huesos de la cabeza del hombre, porque no quería que le fuese superior ni aun igual; no la formó de los huesos de los piés, porque no quería que fuese su esclava; la formó de una costilla, del centro del cuerpo, de un hueso inmediato al corazón, para significar que era su compañera y no su sierva, y que debía protegerla y amarla.

Acordémonos, querida mía, de esta definición del gran Padre de la Iglesia, tratándose de nuestra condición, y no queramos dominar; pero evitemos ser maltratadas dejando nuestro sitio; hállete siempre tu marido pronta á la humildad, pero jamás dispuesta á la bajeza; resignada, pero no cobarde; si te ofende, perdónale, y que el perdón sea tu única venganza, pero que comprenda que le perdonas por ser cristiana y porque le amas, no porque la ofensa te haya sido indiferente.

Tu método de vida no puede ser mejor para que cuentes con una felicidad permanente; sin negar que tú pudieras ser una mujer á propósito para vivir en sociedad, el apartamiento de ella en que vives es una garantía sólida de tranquilidad y de paz; el mundo pide mucho, hiere mucho, hace mucho daño, y da en cambio muy poco. Sea cualquiera su posición social, la que es esposa y madre debe vivir muy retirada; y este retiro, que á veces no puede ser tan absoluto como se desea, te lo ha deparado á tí la Providencia como un in-

menso beneficio: la religión, el amor, la naturaleza, el trabajo, todos estos elementos poderosos de la dicha humana forman la cadena de tu vida; añade á esto una independencia, una libertad para tu esposo y para tí, que todas las esposas desean y muy pocas disfrutan, y convendrás conmigo en que tu suerte es envidiable.

Acaso la cambiarían por la tuya esas dos jóvenes que se casaron en el mismo día que tú, y que viven, la una en medio del bullicio de las grandes capitales, y la otra en la soledad magnífica de ese soberbio castillo.

Yo, Modesta mía, tengo más ruido y menos paz: yo vivo en una ciudad populosa, y atendida sólo al servicio de una doméstica anciana y casi inútil, tengo que tomar parte en los quehaceres más rudos de la vida, y me veo algunas veces hasta en el caso de ir á comprar la frugal comida que nos alimenta á todos, y que mi pobre Esteban gana á costa de tanto trabajo; pero ¿qué importa? otra mujer llamaría á esto duras pruebas; yo lo considero como efecto natural de la suerte que Dios me ha destinado.

Además, recuerdo estos versos de una de nuestras poetisas contemporáneas (1):

«La vida es buena; si en el bien se emplea,
Resbala alegre en la modesta casa;

(1) *Plegaria á la Virgen*, de la autora de este libro.

Risueña corre en la pajiza aldea;
Vuela feliz, si en la opulencia pasa.
El que extinguir la en su rencor desea,
El que la juzga de placer escasa,
No tiene corazón; le ha destrozado,
Y en el pecho, por fin, se le ha secado.»

Tiene razón la autora de estos versos, que sólo podían brotar de la pluma de una mujer: la vida es buena en tanto que podamos rezar con fe, amar y ser amados, y en tanto que tengamos deberes que cumplir.

Adiós, hermana mía; ya te lo he dicho, mi pensamiento te sigue por todas partes; te veo en tu modesta casita cosiendo, cogiendo flores por el campo, disponiendo en la cocina un plato del gusto de Felipe, y de todas maneras te admira y te abraza tu hermana

TERESA.

XV

Cintia á Eufemia.

Valflore, Octubre de 1865. ando. 1625 MONTERREY, MEXICO

¿Cómo te va, mi querida hermana, en ese Madrid donde nunca he estado, y del que tantos elogios he oído? Yo no espero ni aun deseo ir á él. Pablo se halla bien aquí, y yo, á su lado, me hallo bien en todas partes, y acaso mejor que en otra

alguna, en esta profunda soledad, donde empiezo á conocer verdades que antes no comprendía.

Sí, hermana mía; mi alma renace aquí; mi alma se ha iluminado con la luz de la religión, que antes no penetraba en ella; mi madre, inglesa y protestante, vivió siempre guiada por el delicado instinto de una naturaleza exquisita, y vivió muy desgraciada, pues tuvo penas amargas y que sólo podían atenuarse con el sagrado bálsamo de la religión.

¡Cuán grande hubiera sido mi madre siendo cristiana! Aun viviría, porque á los crueles dolores hubiera opuesto el inquebrantable escudo de la fe; aquel abatimiento en que yo la veía sumergida, aquella muda desesperación, que se hacía mayor á la muerte de cada uno de mis hermanos, aquella amargura que había en sus lágrimas, todo hubiera sido dulcificado por su resignación y su esperanza en un mundo mejor.

Yo misma, amada Eufemia, hoy renazco á una nueva vida; he hallado aquí á un ángel que debía iluminarme; este ángel es Modesta: su delicada percepción comprendió al instante lo que me faltaba, pues sabía que mi madre no era católica; me lo dijo, y esclareció con la magia de su palabra el caos en que yo vivía; como pájaro errante y herido, vagaba yo en las soledades de la vida; mi marido me asustaba; tu abuela me imponía un respeto mezclado de temor, porque su misma superioridad me humillaba, así como me humillaba

su benevolencia; el vacío estaba en derredor mio; la frialdad que sólo en mi alma residía, la acababa yo á los seres que vivían á mi lado; mía era la culpa, y lo ignoraba.

Hoy, ¡qué diferencia! Modesta empezó por hacerme conocer y amar á Dios, y me ha enviado libros admirables y llenos de sencillez; los *Evangelios* y la *Imitación de Cristo* han bastado para abrir mi alma á la luz.

El que me sigue, no camina entre tinieblas, dice Jesucristo en la primera palabra del admirable libro de la *Imitación*; y yo, desde que le sigo, veo horizontes radiosos y magníficos.

Fui bautizada como católica; pero ¿cómo podía mi pobre madre dar lo que no poseía? Era imposible; y sin embargo, yo sabía que estaba en el cielo, y le hablaba, no por medio de la oración, único lenguaje que debemos emplear con los muertos, sino escribiéndole todos mis pesares y dolores, para hacerme de su memoria un íntimo y tierno confidente, á falta de otro objeto terrenal que llenase mi deseo y mi necesidad de amar.

La religión cristiana me ha levantado á mis propios ojos; conozco que, si no está en mi mano el ser una mujer superior, lo está el ser una mujer buena y digna; el ejemplo de Modesta es además la mejor lección que pudiera tener, y de ella he aprendido la constante ocupación, lenitivo dulce de los pesares del aislamiento.

Voy á decirte hasta dónde llega mi valor: he

sabido que mi marido, que tu hermano está enamorado de Modesta, y que antes de llegar yo quiso casarse con ella; y lo he sabido por la hermana del cura, que queriendo sin duda prevenirme, me lo advirtió: pues bien, deseando hacerme amable á los ojos de Pablo, deseando ser amada de él, he pedido á Modesta sus consejos y su amistad, y le he rogado que viniese á verme al castillo, no dudando que lo haría, pues recordaba que antes de casarse había sido señorita de compañía de la Marquesa.

Modesta, con noble dignidad, se ha excusado de venir á visitarme, pretextando las ocupaciones de su casa, sin duda por no encontrarse con mi marido; pero me ha invitado á ir á la suya siempre que quiera, y yo he aceptado esta amable invitación y he estado algunas veces. ¡Qué admirable orden reina allí! ¡Qué alegre y graciosa sencillez se advierte en esa casa nueva, decorada toda de persa con grandes ramos de flores! El saloncito de Modesta, su cuarto de tocador y de trabajo, y el que está destinado á su marido, todo es risueño, todo está aseado y amueblado, aunque muy sencillamente, con los objetos más á propósito.

—¡Modesta, le dije el primer día que fuí, parece que esta casita refleja tu propia felicidad!

—Así lo creo, me respondió; ¿quién duda que nuestro carácter imprime carácter también á los sitios que habitamos? Yo adivinaría dónde vive una persona desgraciada y dónde habita una que es dichosa.

—¿Cómo haces tú para ser tan feliz, para conquistarte tan profundas y durables afecciones, que son el mayor bien de la vida?

—No es, por cierto, sin algún esfuerzo, repuso Modesta sonriéndose; soy paciente por carácter, y también un poco por egoísmo, porque la impaciencia es el enemigo más cruel de la mujer, el que mina su buena reputación y el que más la mortifica; yo tengo que sufrir mil pequeñas contrariedades en la vida; pero ya que no puedo escapar de ellas, las sufro resignada, en vez de soportarlas entre lágrimas y quejas.

—Pero ¿cómo has conseguido ser tan amada de tu esposo?

—Amándole y respetándole yo á mi vez; demostrándole una confianza ciega y una profunda estimación; pensando sólo en su bienestar y preparando de antemano todo aquello que puede desear; además, señora Marquesa, la soledad ayuda á la dicha, y no teniendo muchas distracciones aquí, halla en su casa, más fácilmente que en una gran capital, un agradable descanso.

—¡Yo soy muy infeliz! exclamé llorando, sin poder ya contener la amarga pena que me causaba la comparación involuntaria que hacía entre mi situación y la de Modesta.

—No se aflija V., repuso esta amable joven abrazándome; espere en Dios, que ayuda á los buenos y la hará llegar á días mejores; y para conquistar el afecto de su esposo, empiece por desechar esa

excesiva timidez, y estímesese en algo más que hasta aquí: el humillarse demasiado no es nunca bueno, porque debemos procurar que nos estimen los demás, empezando nosotras por hacerlo así; hable V. á su esposo de igual á igual, sin faltarle nunca, pero sin miedo ni cobardía; si V. tiene deberes, tiene también derechos; ni olvide usted aquéllos, ni desatienda éstos.

Modesta tiene razón; y como para ayudarla, el cielo ha inspirado á Pablo un buen pensamiento: por un capricho feliz se le ha ocurrido trabajar, y va, desde hace algunos días, al despacho de Felipe, que le ha empleado como tenedor de libros. ¿No hallas esto muy extraño ó muy sublime? A mí me parece lo segundo, y toco el beneficio de su continua ocupación, pues viene á casa más tranquilo y más satisfecho de sí mismo.

Sí, el trabajo es un eficaz remedio de las penas; Modesta es un ángel, y menos infeliz tu hermana

CINTÍA.

XVI

Felipe á Esteban.

Valfiores, Octubre de 1865.

Ya estamos casi en el invierno, mi querido hermano; ya son largas las noches, y quiero dedi-

carte un rato para que no me acuses de que te olvido.

Mis ocupaciones son muchas; como tú, gano con esfuerzo el pan de cada día; pero ¿qué importa? Yo, como tú, como todo el que tiene la conciencia sana y tranquila, soy feliz, y uno de los más poderosos elementos de mi felicidad es ese mismo trabajo, de que otros se quejan, y que tú y yo miramos como á un amigo fiel.

¡Qué dulce descanso hallo al volver de mis cotidianas tareas, al lado de mi amada y buena Modesta! ¡Qué bella, noble y hermosa vida es la del matrimonio! Acaso, al oirme expresar así, acaso, al leer estas líneas, soltará la risa uno de esos *hombres* que se apellidan *de mundo*, porque se creen capaces de despreciarlo todo y de burlarse de todo; yo, querido Esteban, respeto lo que es respetable, venero lo que es bueno, y nada encuentro más excelente que la dulce sociedad conyugal, que es la más pura y completa de la tierra. Mi mujer y yo somos uno solo para pensar y para sentir; tan acordes van nuestros sentimientos y nuestros corazones; pero si alguna vez disentimos, yo tengo á gloria el que su sólido juicio y su grata elocuencia se unan para persuadirme de lo que ella quiere: con una ternura en la que yo conozco que hay algo de protección, contemplo su dulce rostro que expresa todos sus sentimientos; tan límpido es su pensamiento y tan claro para mí, como la superficie de un cristalino arroyo

que deja ver en su fondo las pintadas y menudas piedrecillas, y cada inflexión de su voz me es conocida como si su palabra fuese un armonioso cántico que resonase dentro de mi alma.

Aun existe, y existirá siempre entre nosotros, el púdico decoro que allana y suaviza todo el áspero materialismo de la vida: mi mujer es la que guarda y distribuye los fondos conyugales, y la que atesora las economías con esa noble persistencia de quien guarda para dos y espera una vida dilatada y tranquila: nada conozco más absurdo y más degradante para la mujer, que el sujetarla á una cantidad dada, reservándose el marido el derecho de disponer de todo el resto de los haberes, sin dar cuenta ninguna, como si él fuera el dueño absoluto, y la esposa su esclava; la mujer rebajada así no tiene ni debe tener interés alguno en economizar, pues no sabe lo que existe en el fondo común, y sabe además que sus ahorros no han de ser agradecidos ni reconocidos acaso; la sociedad conyugal, para que la base sea sólida y perfecta, es un compuesto de confianza, de afecto, de generosidad y de abnegación, cuyo peso no puede llevar sola la pobre mujer, que es la parte más débil.

¡Cuántas mujeres dejan de marchar por la buena senda porque las sinrazones de sus maridos las obligan á dejarla!

Si ellos no son generosos, atentos, laboriosos, ¿con qué derecho exigirán á sus esposas que lo

sean? Si ellos se dejan llevar de la cólera, ¿con qué derecho exigirán á sus esposas una eterna prudencia, una constante sumisión?

Acaso el desnivel de la sociedad consiste en que el hombre exige á su compañera tantas virtudes cuantos defectos tiene él, y la mujer así tratada, ó se hace hipócrita, ó acaba por romper el yugo que la ahoga.

Mucha misericordia habrá allá arriba, el día del juicio eterno, para la mujer, y es bien seguro que no hallará tanta el hombre.

Felizmente, y digámoslo con el modesto orgullo de la dignidad inmaculada, ni tú ni yo, Esteban, somos del gremio despreciable de los tiranos; por eso tenemos *compañeras y no siervas*, según las enérgicas palabras de los libros sagrados; por eso tenemos esposas ejemplares, y ellas y nosotros llegamos sonriendo á los umbrales de la muerte.

Las uniones ilegítimas, tan llenas de atractivos para los libertinos, no son otra cosa que un miserable remedo del lazo conyugal; pero un marido se avergüenza de ser atento y rendido como los amantes lo son: si en la bella unión que la Iglesia ha erigido en sacramento guardase las consideraciones que en las que el vicio forma, habría más enlaces felices y menos uniones criminales.

Feliz debes sentirte al ver á tu esposa, aun bella despues de tantos años de matrimonio, con la suave belleza que nace de un alma tranquila y sere-

na. ¡Qué límpida y pura es aún la mirada de Teresa! ¡qué armonía en sus facciones! ¡qué gracia en sus maneras! Quien ha padecido penas del alma, no conserva ese sello de frescura, esas gracias juveniles, y la vergüenza de la decadencia de algunas mujeres es sólo para sus esposos, que no han sabido evitarles las amarguras de la vida, como era su primer deber, y como sin duda se lo ofrecieron al casarse con ellas.

¡No, no quiera Dios que mi Modesta lleve jamás impresas en su rostro las tempestades del alma! Y no las llevará nunca; porque si algún mal pensamiento la mortifica, seré yo su primer confidente y me pedirá ayuda para vencerle. ¿Cómo no, si yo he sido siempre su amigo y jamás su amo? ¿Quién la socorrerá con más cariño, con más eficacia que yo? ¿Quién me aconsejará, quién me consolará, quién se identificará conmigo como ella?

Yo amo y á la vez respeto á mi mujer, y sin esta feliz unión de sentimientos no puede existir la unión perfecta que la Iglesia prescribe; sí, yo la respeto cuando cada noche la veo de rodillas en su reclinatorio rezar con fervor ante la imagen del Crucificado; yo la respeto cuando la veo en la iglesia arrodillada en el confesonario, á ella tan buena y tan pura; yo la respeto cuando la veo en la Sagrada Mesa recibiendo el pan de salud, con su dulce rostro elevado hacia el altar; yo la respeto al verla ocupada en sus faenas caseras, trabajando como la mujer fuerte, aseando su casa y

tomando medidas de economía y de orden para el bienestar interior que he de disfrutar yo.

No sé si tendremos hijos; pero ¿qué importa que no los haya en nuestro matrimonio? Nuestra perfecta simpatía, nuestro eterno amor, no necesitan de ningún lazo; nuestras almas gemelas están bastante unidas por sí mismas.

Ni todos los dolores ni todas las dichas de la tierra pueden separarnos; acaso ni una falta tampoco, porque nuestras almas se buscarían á través de los espacios del dolor, y se hallarían siempre.

Ella vive sólo para mí; yo sólo para ella: no dudes, pues, mi bueno y querido amigo Esteban, que tu hermano y amigo es uno de los mortales más dichosos, y que, tan feliz como hoy, espera llegar á una vejez tranquila para disfrutar el fruto de su trabajo.

FELIPE.

XVII

Eufemia á la Marquesa.

Madrid, Octubre de 1865.

Tus cartas, querida madre mía, son un bálsamo delicioso para mi corazón: si todas las mujeres tuvieran un guía como tú, ninguna sería desgraciada; pero ¡ay! son muy pocas las que poseen este bien inestimable, y yo misma lo veo ahora;